

LA PLAZOLETA DE MONSERRATE.

Por Federico Villoch

SENTADOS en uno de los dos únicos bancos, incómodos y de madera, que adornan este llamado Parquecito de Albear, donde se ve una fuente, sin agua, y se levanta una estatua a la memoria del ingeniero que quiso inundar de ella a la ciudad de la Habana, giramos la vista en torno, y van surgiendo, como en una cinta cinematográfica, los detalles todos de aquella que hasta el año 1890, 92, etc., se llamaba la Plazoleta de Monserrate; y vamos, con cierto desorden ordenado, en lo que cabe, a referir a nuestros lectores lo que va pasando por la pantalla, ya bastante descolorida, de nuestra memoria, acerca de aquel sitio hoy completamente transformado. Recordamos las ruinas de Zulueta, de hace 55 años. El año 1890 empezó su fabricación, terminando la planta baja el año 1892, y llamándosele desde entonces «Manzana de Gómez». Después se construyó en la azotea los teatros «Politeama», Grande y Chico, y en 1916, 1917, se terminó el edificio tal como se encuentra actualmente. Al terminarse esta fabricación murió asesinado el señor Gómez Mena.

El ángulo que da frente al hotel Plaza fué ocupado por aquel célebre y popular peletero Carneado. Allá por el año 1882, 83, etc., se instaló en el ángulo de las ruinas de Zulueta que daba frente al teatro Albisu, un norteamericano, gordo, barrigón y rojo, siempre con su traje de overol, que exhibía un gran dinamo productor de la luz eléctrica, cuya eficacia y seguridad demostraba al público teniendo sumergidos en un gran tanque de cristal, transparente, varios focos de distintos tamaños de aquella luz. Todavía no se había instalado el sistema de alumbrado eléctrico en los teatros, usándose en las candilejas frente a la boca de los escenarios, y en los altos telares, lo que se llamaba «alumbra-dillos de gas»: es milagroso que no se sucediesen con mayor frecuencia los incendios en los teatros

Recordamos que en aquella sazón se ponía en el teatro Albisu la revista «Oro, Plata, Cobre y Nada», de Felipe Pérez, afortunado autor de «La Gran Vía», si bien esta vez no alcanzó el ruidoso éxito que obtuvo con aquella. La obra fué de las últimas que se alumbraron con gas. Consignemos sin embargo que no fué la primera vez que se vió en la Habana la luz eléctrica. En mayo del año 1858, leemos en la obra «Colón», del señor Villanueva, se hizo la primera experiencia sobre producción de alumbrado eléctrico. Los habaneros pudieron contemplar maravillados durante algunas noches de este mes, cómo desde los muros de la Cabaña, un enorme foco de blanca y potente luz permitía que los concurrentes a los muelles y al litoral—como ahora en las iluminaciones del 4 de Septiembre—pudieran ser iluminados y conocidos, y mejor que con otra clase de luz. Tal novedad se debió a las pilas recientemente inventadas por el físico alemán Mr. Bunsen, y que dió a conocer aquí en la Habana don Pelayo González, director de la «Escuela Preparatoria», que entonces existía.

Esta Ferretería de Monserrate es casi centenaria. Su propietario primitivo fué don Francisco González, a quien los amigos llamaban en broma «Pancho Chaleco», a causa de que invariablemente usaba esta prenda sobre la camisa, sin haberse puesto nunca un saco; y tocado con un sombrero negro de castor todo el año. Cuando el antiguo y popular empresario Eusebio Azcue se casó con la aplaudida tiple española de la compañía de Albisu, Lola López, vivió durante los primeros años de su matrimonio en los altos de esta ferretería de Monserrate. Don Pancho, que era una persona muy buena y querida de todo el que lo trataba, murió hará unos 25 años. Contigua a la ferretería había un panorama donde el dueño, un italiano llamado Albasi, exhibía las últimas escenas de la guerra de Africa, etc., y todos los asuntos de ac-

tualidad. Hace unos treinta años que se cerró el panorama, viéndose después al pobre italiano que repartía anuncios por la calle, en el mayor grado de miseria.

Ya empezando la calle de O-Reilly, seguía la casa Sopena y Vidal, que tenían la agencia de aquellas célebres máquinas de coser, de cadeneta, exclusivamente para hacer cuellos y puños de camisas. El café de la esquina de Bernaza era de don José García, asturiano de pura cepa, bajito y rechoncho, que atendía a su comercio personalmente. La barbería contigua al café, del 85 al 95, fué del popular Donato, que luego estuvo establecido durante muchos años en el Prado, casa contigua a la frutería «El Anón». La casa ocupada hoy por la «Real Silk», era el año 1886 un tren de coches de Victoriano San Pedro, gran masón. Desde la azotea de esta casa presenciamos, siendo aun niño de doce a catorce años, el entierro del notable orador, abogado y poeta José Antonio Cortina. Al llegar a la puerta del Casino Español, que daba frente a esta Plazoleta de Monserrate, cayó, desde los balcones, una verdadera lluvia de flores sobre el féretro que era conducido en hombros de las más destacadas personalidades del Partido Autonomista.

En la esquina de Obispo existió durante largos años la sombrerería «El Casino», de los hermanos Díaz, uno de los cuales, por el año 1890, fué Alcalde del barrio del Cristo. Muertos los dos hermanos, la sombrerería pasó a poder de sus sobrinos los hermanos Granda. Uno de ellos vive aun por la calle del Obispo, con 83 años de edad. La esquina de «La Moderna Poesía» estaba por esos años ocupada por una peletería propiedad de don Manuel Sánchez Cuétaro, hasta que vino Pote sobre el año 1902, compró la esquina, liquidó los zapatos, y en su lugar, llenó la casa de «libros viejos».

En el frente, o sea Bernaza y Obispo, hallábase el café «La Cebada», célebre por este refresco que constituía su especialidad; su dueño era un comandante del Séptimo Batallón de Voluntarios, persona muy afable, cuyo nombre no recordamos en este momento; al lado hallábase la casa de cambio de Valero Berche, que luego fué de Con y Montero, quienes con su dependiente Víctor Ramón Trujillo formaban una simpática trilogía que se cansó de ganar dinero. Terminaba aquella pequeña cuadra una bodega de unos catalanes, cuya especialidad consistía en venderle a los cocheros la harina que le daban con agua a los caballos en un cubo, para lo cual, en el ángulo interior de la casa, tenían un brocal con una llave de agua siempre corriendo. Hoy estarían a pique los pobres caballos de morirse de sed. La bodega hallábase realmente poco surtida; pero entre la cantina y el agua harinosa para los caballos, hicieron un buen capital los catalanes, y se retiraron ricos a su país, ocupando esta esquina, a través de los años, el hoy tan conocido y popular café «Floridita».

En los bajos de «El Casino Español» estuvo durante mucho tiempo el restaurant y café «El Casino», de Mr. Petit, punto de reunión de cómicos, altos empleados y periodistas; después fué propiedad de don Francisco Arena, hasta el año 1898, y así siguió hasta que se quemó la manzana.

Hasta el año 1895, en el sitio en que se encuentra hoy la estatua del ingeniero Albear existía una gran farola que al ser erigida aquella en dicho año fué trasladada al cercano parquecito de Monserrate y Progreso, que tomó el nombre de «Jerez», cuando aquel simpático criollo, Pepe Jerez y Varona, fabricó más tarde en dicho lugar una bonita y confortable casa en la que a diario recibía con las más finas atenciones y agasajos a sus numerosos amigos. Pepito Jerez, como se le llamaba cariñosamente, era nativo de Camagüey, en cuya ciudad fabricó su padre, coronel del Ejército español, el «Teatro Principal». Pepito estudió la carrera militar en la Escuela de Cadetes que existía en la Quinta de los Molinos, de la que fué director el coronel Pujol, del Ejército español, padre del también coronel de nuestro Ejército, señor Pujol. El hermano mayor de Pepito, Juan, era ayudante de la Reina María Cristina cuando la guerra del 95, a lo que debió, mediante un indulto de

la Reina, salvarle la vida a su hermano Ernesto, hecho prisionero en la manigua y condenado a muerte por el general Weyler, quien se valió de mil subterfugios para ver si eludía dicho perdón, lo que no pudo conseguir al cabo.

Pepito Jerez se embarcó para Puerto Rico, de ayudante del general Sabas Marín; y allí, al estallar la guerra separatista, renunció a su carrera, y con varios amigos cubanos se fué para la manigua, en la que permaneció hasta la terminación de la contienda, volviendo con los primeros contingentes revolucionarios que entraron en la Habana. Elegido Presidente de la República don Tomás Estrada Palma, éste lo nombró jefe de la Policía Secreta, en cuyo cargo prestó importantes servicios, uno de ellos, dar con los hilos de la revolución que en 1906 se preparaba para derrocar a dicho presidente. Sobre este particular se cuenta una interesante y verídica anécdota, que no es inoportuno reproducir en esta postal descolorida.

Nos hallamos en el despacho del señor Presidente de la República, don Tomás Estrada Palma, del que el Jefe de la Policía Secreta ha demandado una entrevista íntima y reservada. Corre el día 2 de abril de 1906. Acaba de ser atacado por la noche, a sangre y fuego, el Cuartel de la Guardia Rural de Guanabacoa. Se ha derramado sangre de hermanos, y se habla de movimientos sediciosos.

Pepe Jerez—presentándole a don Tomás una larga lista de revolucionarios.—Aquí tiene usted los nombres de los complicados. Entre otras cosas, piensan asaltar el Palacio, echarle a usted una sogá al cuello y arrojarlo por el balcón a la calle.

Don Tomás—llevándose azorado ambas manos a la cabeza.—¿Pero, tú crees esas cosas, hijito?

3

¿Tú crees que los cubanos son capaces de hacer eso conmigo, hijito. Tú estás mal informado, hijito.

Pepe Jerez—confuso, y guardándose otra vez la lista en el bolsillo. —Seguramente debo estarlo, papá. Pero...

No echaron a don Tomás por el balcón; pero lo echaron de la silla presidencial algunos meses después. Pepe Jerez, tras larga enfermedad, murió en su casita de Monserrate y Progreso; y su entierro fué una sentida manifestación de duelo en la que figuraron todas las clases sociales, destacándose sus viejos amigos de la Acera del Louvre que condujeron su ataúd, sobre hombros, un largo trecho. Duerma en paz el caballero Pepe Jerez Varona; y volvamos a la Plazoleta de Monserrate.

Después que el tren de coches de don Valeriano San Pedro, que ya citamos, se trasladó para la calle de Obrapia, se estableció en aquella casa el panorama y los títeres de don Sinesio Soler, conocidos por «Toribio y Cristóbal». En verano, a las siete; y en invierno, a las seis de la tarde, ya estaba la Plazoleta completamente llena con las manejadoras y sus niños, que venían a reirse de las travesuras de Cristobita. A esa hora empezaba a sonar el órgano de Soler con desesperación de los vecinos. Entre los dos o tres individuos que manejaban y hacían hablar a los títeres, había un jorobado, Marcos de nombre, que era de la piel del diablo, y que tenía la mar de gracia para inventar chistes referentes a los sucesos de actualidad, excluida, desde luego, la política que, por aquel tiempo, era cosa que le tenía sin cuidado a la gente, o que estaba tan lejos, que nadie se daba cuenta de ello.

El año 1895 apareció por la calle del Obispo un francés bajito, de bigotes caídos como los de los chinos, vestido decentemente y usando una gorra negra de visera cuadrada, y con un tablero de caramélos, agitando una campanilla mientras cantaba:

**Aquí llegó un francés
venido de París,
que vende pirulí,
que quita los catarros
y mata la lombriz.**

El año 1878, seríamos un fiñes de unos ocho años, en ese Parque Central, y dando frente a esta Plazoleta de Monserrate, durante las fiestas de la «Paz del Zanjón», se levantaron dos enormes columnas de cristales de colores, iluminadas

en su interior por infinitos mecheros de gas que producían un grandioso efecto y resultaban, en materia de iluminaciones, de lo mejor que se había conocido. Esta Plazoleta se veía todas las noches pletórica de público con los excursionistas del campo que acudían a ver los panoramas que aquí se hallaban establecidos, «El Sitio de la Periquera de Holguín», «La Batalla de las Guásimas», «Incendio del vapor «Pájaro del Océano», toscos paisajes en que pintores de brocha gorda habían hecho gran derroche de rojo, negro y azul: eran los cines de la época.

En aquel animado período de los Festejos de la Paz solía oírse frecuentemente el rodar de varias carretelas, o el trotar de una numerosa caballería sobre los adoquines de las calles, desembocando a poco por las calles de O-Reilly u Obispo, conducido en una rica carroza, o caballero en un brioso alazán, acompañado de un nutrido séquito de jefes y oficiales que lucían sus bandas de brillantes colores y sus emplumados tricornos, un militar de la más alta graduación, de trigüeño y bondadoso rostro, de ancha y negra perilla, a quien la muchedumbre abría paso entre ensordecedoras aclamaciones de: —¡Viva el Pacificador! ¡Viva Martínez Campos! También se oía a veces, por la Calzada de la Reina, o a lo largo del Parque de Isabel la Católica y de la Alameda, antiguo Prado, que bajaba hasta la Punta, el «gualtrapear» de varios potros, viéndolos al fin cruzar enjaezados a la criolla, y montados por individuos que vestían guayaberas de dril crudo, se cubrían con sombreros de jipijapa, y colgaban al cinto machetes en sus vainas de cuero repujado de plata; diciendo la gente al verlos pasar, con admiración afectuosa: —¡Los insurrectos! ¡Los insurrectos! Sonaban los nombres de Saguly. Spotorno, Roa, Betancourt Marcos García, Goyo Benítez, Enrique Mola, Enrique Collazo, Lacret, Carlos Figueredo, etc., etc Corría la voz de que Máximo Gómez, el Marqués de Santa Lucía y Antonio Maceo habían dejado la Isla.

Martínez Campos llegó a la estación de Fesser, en Regla, a las tres de la madrugada, en un tren expreso que lo trajo desde Colón, el día 13 de junio de 1878, esperándolo en el Muelle de Luz el general Joaquín Jovellar, inaugurándose inmediatamente un programa de festejos que duró cuatro días; y en el que como era de esperarse no dejaba de figurar el consabido baile de gran gala en Palacio, en cuya organización se distinguió el Marqués de Cervera y Villa Ite, comandante de los Cazadores de Baracoa, quien pidió su retiro y se quedó en la Habana. Cervera y Villa Ite era un cortesano de extraordinaria imaginación y dinamismo, especialista en preparar tómbolas de caridad, fiestas, giras, saraos y rigodones; figurando siempre en primera línea en las crónicas elegantes de la época. Doce años después, su nom-

81

H

bre habría de destacarse con motivo de sus iniciativas para festejar a la Infanta Eulalia, en su visita a la Habana, en 1892. El 26 de junio de 1878 falleció en Madrid la Reina Mercedes de Orleans y de Borbón, primera esposa de Alfonso XII; y todas aquellas cortinas de colores se transformaron en colgaduras de luto, y desaparecieron las iluminaciones. Meses después los niños cantaban en el Parque, cogidos de las manos, una triste randa que decía:

**Ya Mercedes se murió,
muerta está que yo la vi;
cuatro Duques la llevaban
por las calles de Madrid.**

Y los panoramas de Soler, de esta Plazoleta ofrecían al público las vistas del regio entierro, copiando en grande y en colores, los grabados que publicaban del suceso la «Ilustración Española y Americana», la «Artística», y otros periódicos gráficos de $\frac{1}{2}$ Corte.

Durante el mes de agosto de 1890 se estuvieron exhibiendo en un saloncito al lado del tren de bicicletas de Graña, en O-Reilly, las primeras demostraciones del sorprendente invento de Edison, el fonógrafo, el cual oían por medio de unas gomitas que se aplicaban al oído varios espectadores, sentados en semicírculo, delante de la caja que guardaba el maravilloso aparato, despertando la curiosidad de los transeúntes que se detenían a verlos reír a carcajadas, o hacer otras demostraciones, causadas por lo que oían. Antes lo habían exhibido en los portales del Hotel Pasaje, y en el Cefé Central, el catalán Miguel Lluch, antiguo empresario de todos estos espectáculos curiosos, el fonógrafo, el kinetoscopio, y más adelante, las primeras cintas cinematográficas.

Hasta el año 1897, a las nueve de la mañana, atravesaba esta Plazoleta y bajaba por la calle del Obispo al son de su banda de música, el batallón de Voluntarios encargado de relevar la guardia de Palacio; solía precederlo a unos veinticinco o treinta metros, el popular vagabundo «Venturita», muy conocido entonces, marchando marcialmente con su inseparable barreta de hierro al hombro, y volviéndose de vez en cuando para mandar, a su vez, una escuadra de chiquillos y pilletes callejeros que le seguían.

Recordamos cuando en esta plazoleta, e irrumpiendo después por Obispo y O-Reilly, los negritos vendedores de periódicos pregonaban a gritos el de escándalo, «El Pueblo», dirigido por Victoriano Reineri—corto de mano y largo de lengua—denunciador de los «chivos y chocolates» que tanto se prodigaron durante la Jefatura del Capitán General Don Sabas Marín, lo que dió motivo a una manifestación popular que pedía a gritos y en carteles al General Salamanca. Se veía cruzar a muchos transeúntes esta Plazoleta llevando el libro «Cuba y sus Jueces», que acababa de lanzar a luz—1887—el notable publicista y abogado doctor Raimundo Cabrera, y que se vendía en todas partes como pan bendito.

Mientras permanezcamos en esta que fué Plazoleta de Monserrate, los recuerdos irán acudiendo a nuestra memoria en gran número. Son infinitos y de todas clases. Como este sitio era en aquel entonces uno de los centros más animados de la Habana, sucesos, cuentos y tonadillas repercutían en él con mayor fuerza que en otros de la ciudad. El año 1888 empezó a hablarse en él de un cierto doctor Caraballo que había llegado de Méjico, con un medicamento infalible para matar la solitaria no tardando en invadir las calles y las plazas la consabida rumba que nuestro pueblo le saca a todo acontecimiento de actualidad o de importancia, y que decía:

**Si te pica la nariz,
y otra cosa que me callo,
vete a ver a Caraballo
que te saque la lombriz.**

Allá por los años 80, 81, etc., era costumbre ver en esta Plazoleta, de once a doce de la mañana, y de vuelta de su excursión por los más renombrados restaurantes de «allá abajo», donde demandaban la caridad pública, entonando canciones y marchas bélicas de su país, dos mutilados marineros de la marina de guerra austriaca, de

*Don
Cruzado 10/40*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA